

Por fin una historia

Daniel Carazo Sebastian

Por fin una historia

Daniel Carazo Sebastian



Capítulo 1

Capítulo 1

Con la llegada del alba al fin termina la novela, Juan consigue corregir las últimas palabras y la da por concluida, se acabó, su ópera prima está terminada. Sorprendentemente la ha escrito de un tirón, sin esquemas ni preparación previa, nació una noche de insomnio en que sin saber cómo ni por qué en vez de atontarse viendo la televisión se puso a escribir, desde entonces han pasado más de cuarenta y ocho horas en las que ha trabajado sin parar, casi sin comer y por supuesto sin dormir, pero ha merecido la pena, va a ser un éxito seguro; seiscientas noventa y dos páginas de trama con una acción trepidante y un final tan sorprendente que dejará al lector con ganas de una segunda parte. Al fin va a poder vivir de su escritura, un sueño alcanzado, con este objetivo cumplido no le preocupa haber faltado estos dos días a su trabajo, pueden despedirle si quieren, ahora ya le da igual.

Se queda sentado en su escritorio saboreando su futuro éxito hasta que amanece por completo, Juan decide entonces darse una ducha y adecentarse un poco antes de acercarse con su manuscrito a la editorial que tantas veces le ha rechazado. Cuando termina de asearse es consciente del hambre que tiene, sin prisa se prepara dos rebanadas de pan con aceite y un buen café espresso para subir la tensión, se lo ha ganado, coge el desayuno y se dispone a tomárselo delante de su creación cuando repara en ello... ¡horror!, las primeras hojas de la novela están en blanco, no puede ser, las debe tener trasapeladas, revuelve toda la mesa sin encontrarlas, cajones, papelera, estanterías... nada. Presa del pánico empieza a pasar más hojas y lo mismo, ¡todas en blanco!, ¿cómo puede ser?, está seguro de que las escribió, maldita la hora en que decidió ser un clásico y escribir a mano, ¿para qué tenía el ordenador?, si lo hubiera usado tendría al menos el archivo original, pero brotaba todo tan fluido, las palabras se encadenaban unas detrás de otras a tal velocidad que no podía parar, se sentía tan seguro de su trabajo... Nota como el pulso le empieza a temblar ostensiblemente, según sigue pasando hojas se le van cayendo al suelo, las tira, las arruga, cada vez con más rabia, no tiene nada. ¿Será capaz de repetir toda la historia?, intenta recordarla pero es como si se hubiera esfumado todo: el argumento, los personajes, los escenarios... El sudor empieza a brotar en su frente, la piel se torna cada vez más pálida, nota como va perdiendo sensibilidad en las manos, las piernas le fallan, se intenta levantar pero no puede, cae de rodillas entre el mar de papeles blancos que tapizan el suelo, siente la respiración cada vez más agitada y entonces llega el dolor en el pecho, intenso, una vez se lo describieron como si estuvieran introduciendo un tornillo desde el pecho hasta la espalda, y efectivamente así es: avanza y atraviesa los tejidos

hasta dormirle el brazo derecho, ese mismo brazo con el que está seguro de que escribió la historia. Es consciente de que es el fin, un infarto a su edad es muerte segura, sobre todo estando solo ya que nadie va a llamar a los servicios de emergencia, se tumba, la cabeza vira inconscientemente hacia atrás, los ojos quieren mirar dentro de las órbitas y pierde la visión, todo se ha vuelto negro...

Capítulo 2

Se incorporó bruscamente y abrió los ojos, estaba muy agitado, seguía sudando profusamente pero no estaba en el suelo, se encontraba sentado en su cama, en su dormitorio, todo estaba en calma, la habitación en penumbra; miró al suelo y no vio papeles a su alrededor, movía bien los brazos y las piernas, no le dolía el pecho, había sido una pesadilla.

De ascendencia vasca, aunque nacido en Valladolid, Juan Gabikacogeaskoa era un hombre de mediana edad y lo que podía considerarse corriente: constitución delgada, pelo corto y cano, siempre afeitado, un estilo de vestir discreto e incluso austero y con modales excesivamente educados. Tenía un trabajo que en su día había sido muy especializado y que con el tiempo evolucionó a insustancial, sus relaciones sociales eran prácticamente inexistentes, estaba en una fase de la vida que consideraba neutra, se dejaba llevar sin ningún objetivo concreto.

La pesadilla que acababa de tener respondía a una antigua ilusión que de vez en cuando recuperaba: escribir una novela y triunfar con ella; lo que le extrañó fue el momento en que la había tenido porque hacía mucho tiempo que no se acordaba de ello. Una vez despierto y consciente de la realidad se fue tranquilizando, recuperó la respiración y se volvió a tumbar aun sabiendo que ya no se iba a dormir, miró el reloj, eran las cinco y media de la mañana, faltaba hora y media para levantarse, esperó pacientemente tumbado con la mente en blanco y la mirada fija en el techo.

Fiel a su cita de las siete sonó el despertador, Juan se levantó y siguió la misma rutina de siempre: primero pasaba a la ducha donde bajo el agua caliente desperezaba el cuerpo, luego se afeitaba, se perfumaba y salía del baño completamente vestido directo a la cocina. El café se lo dejaba preparado siempre la noche anterior, lo mezclaba a partes iguales con leche caliente, dos pastillas de edulcorante y lo combinaba con dos rebanadas de pan tostado que se dejaba también cortadas la noche anterior. Tomaba el desayuno con la televisión puesta para oír prácticamente las mismas noticias que ya había oído la noche anterior en la última edición del telediario. Una vez terminado el desayuno dejaba la cocina perfectamente recogida con especial esmero en las migas de la mesa, no aguantaba un mantel sucio, recogía su habitación, últimos

retoques al pelo delante del espejo, cogía la cartera con el ordenador y salía a la calle. Todas las mañanas igual y ese día no fue una excepción.

Vivía en la calle Abtao de Madrid, en un barrio cercano al parque de El Retiro pero no tanto como para tener zonas verdes propias. Las calles eran estrechas, el tráfico exagerado, aparcar era misión imposible y los edificios altos impedían el paso directo del sol. A Juan nunca le había importado vivir allí, antes el trabajo le mantenía viajando casi la mitad del año y cuando estaba en Madrid vivía prácticamente en la oficina, sacaba el coche del garaje antes de la hora punta y volvía tarde cuando ya todo el mundo estaba en sus casas y no había atascos. Ahora era diferente, su trabajo había cambiado, ya no era tan imprescindible ni le encargaban tantos proyectos, viajaba cada vez menos y desde entonces las estancias prolongadas en su barrio le agobiaban más, necesitaba espacio, aire más puro, silencio, ¿se estaría haciendo mayor?.

Desde hacía un tiempo había decidido ir a trabajar en autobús, así al menos ahorraba en gasolina y paseaba un poco, tenía que andar calle arriba hasta la Glorieta de Mariano de Cavia, la de los patos como decían los vecinos debido a las figuras de la fuente decorativa, era un paseo de unos diez minutos que le acercaba un poco más a El Retiro; a él le gustaba pensar que según se acercaba el aire se iba haciendo más puro. Esperaba el autobús distraído mirando el vuelo de las cotorras que desde hacía tiempo habían invadido Madrid; le daba igual el tiempo de espera, si llegaba antes o después a la oficina solo era problema suyo y además nunca lo hacía más tarde de las nueve, el poco trabajo que le asignaban lo terminaba siempre antes del mediodía y aun así se quedaba dos o tres horas más sin hacer nada hasta que volvía su casa, no tenía nada mejor que hacer. Siempre era de los primeros en llegar y ese día no fue una excepción, llegó a las nueve menos cuarto, del mostrador del conserje emergió el mismo saludo de siempre:

—Buenos días señor Juan —nadie se atrevía a pronunciar su apellido y se quedó con ese ridículo señor Juan.

—Buenos días Anselmo, ¿qué tal vamos hoy?

—No nos quejamos, hemos tenido días peores.

—Seguro Anselmo, seguro, a ver como se nos da éste.

—Buenos días señor Gaztambide... —el conserje no se podía permitir más tiempo con cada uno que entraba si quería saludarlos a todos.

Juan lo dejó atrás en su camino al ascensor en el que subió hasta el segundo piso junto con otros trabajadores, por supuesto todos ellos en riguroso silencio con las miradas fijas en las pantallas de sus smartphones, por fin llegó al despacho donde últimamente se refugiaba

para evitar mezclarse con las nuevas generaciones de ingenieros que le veían poco menos como un dinosaurio de la informática.

Una vez sentado reflexionó sobre su situación actual, le apenaba mucho el tipo de vida que le había quedado tras más de treinta años dedicado en cuerpo y alma a la empresa. Juan entró a trabajar allí nada más licenciarse en lo que entonces se llamaba licenciatura informática y actualmente se dividía un multitud de ingenierías informáticas cada vez más especializadas, entonces era joven y su ambición era total. Se había venido desde Valladolid a Madrid y gracias al piso de la calle Abtao que le dejó en herencia su abuelo se pudo pagar con holgura los estudios. Una vez dentro de la empresa ascendió rápidamente en el organigrama hasta llegar a puestos directivos, pasó muchos años dirigiendo proyectos importantes, cada vez con más gente a su cargo y con viajes más prolongados y frecuentes, eso le gustaba, la tensión le mantenía vivo y no echaba de menos nada que no fuera la descarga constante de adrenalina, rápidamente todo eso se convirtió en su modo de vida. Los compañeros de la oficina le envidiaban y le admiraban a la vez, era un gurú y un reflejo para todos los nuevos que se incorporaban, de hecho era consciente de que competían para formar parte de su equipo de trabajo, les exigía mucho pero les aseguraba el éxito.

Esa dedicación total al trabajo se había llevado por delante su vida personal, la sacrificó pensando que no la necesitaba. Tuvo alguna relación superficial, era lo que entonces se llamaba un yuppie y atraía a chicas con ganas de pasárselo bien, de todas ellas dos o tres fueron a más y su romance se prolongó más tiempo, incluso alguna vez llegó a pensar que con alguna de ellas podría formar su propia familia, pero como con el resto de su vida el trabajo se las llevó por delante, no aguantaron sus prolongadas ausencias ni se creyeron las promesas de que era algo temporal y al final acabaron dejándole. El tiempo había seguido pasando y a pesar de seguir ganando bastante dinero perdió el atractivo de la juventud, las chicas que se le acercaban entonces buscaban su dinero o sus contactos laborales y no le atraían absolutamente nada; fue cuando decidió quedarse solo.

Todo empezó a cambiar hace dos años cuando tuvo el accidente de coche en uno de sus viajes; el coche alquilado no debía tener bien los frenos y se salió de la carretera; el golpe fue tremendo pero gracias a dios y a la calidad del coche solo se partió la pierna y brazo izquierdos, aunque pudo haber sido mucho peor, incluso mortal, estuvo hospitalizado un mes y luego le mandaron a casa a terminar la recuperación. Y eso fue lo malo: se vio solo en casa, las visitas que recibió eran obligadas y solo se presentaron los primeros días, luego nadie le fue a ver y con el tiempo solo llegaban las llamadas de su padre que por su avanzada edad no podía salir de Valladolid, fue consciente de que no tenía nada aparte de su

trabajo, era como si estuviera vacío y eso le preocupó.

A partir de ese momento empezaron a cambiar sus prioridades, decidió que todavía era relativamente joven como para abandonarse y decidió intentar reconstruir su vida, por eso al reincorporarse al trabajo empezó a bajar el ritmo, lo cual, unido a la llegada de nuevos talentos que demostraban constantemente que podían hacer su trabajo con menos coste para la empresa, fue determinante para apartarle de la primera línea de fuego. Pero lo que al principio fue una liberación se acabó convirtiendo en su pesadilla, cada vez contaron menos con él hasta llegar a la situación en la que se encontraba en que ya no tenía ningún proyecto asignado ni participaba en ningún equipo, le tenían relegado sin salir de la oficina haciendo tareas administrativas. Estaba claro que la empresa buscaba que él se fuera y él esperaba un despido digno. Al menos le habían dejado un despacho donde refugiarse y no exponer públicamente su situación, allí escondido podía estar tranquilo.

Estaba sumido en todos esos pensamientos cuando entró su jefe, Fernando, le conocía de sobra ya que le había formado él mismo, de hecho tiempo atrás había apostado muy fuerte por su carrera, demasiado fuerte pensaba ahora, actualmente esa relación laboral se había invertido y estaba él a las órdenes de Fernando el cual, como él mismo hace unos años, pensaba solo en el beneficio de la empresa, era el encargado de hacerle la vida imposible para que se fuera por voluntad propia.

—Juan, ¿cómo vamos?

—Bien, ya sabes, con poco que hacer —contestó con sorna.

—Bueno, bueno, no te quejes que tu ya has trabajado mucho, lo que te mereces es descansar un poco, ya sabes que cuando quieras estamos abiertos a negociar tu salida, ¡aprovecha y vive un poco hombre!

El caso es que se lo decía de corazón, realmente pensaba que con la edad de Juan y todo lo que tenía ganado era el momento de retirarse a vivir la vida, lo que no sabía Fernando era que Juan no sabía que hacer si se retiraba y eso le daba pánico.

Juan se quedó callado mirándole y esperando a descubrir el motivo de la visita de Fernando a su despacho. Ante ese silencio su jefe siguió hablando aunque se le notaba incómodo.

—Verás Juan, precisamente me mandan una vez más a preguntarte por el trabajo que desempeñas actualmente.

—Pues ya lo sabes, no se qué quieres saber nuevo.

—No te pongas así que ya sabes que soy un mandado, a mi tu situación me disgusta tanto como a ti.

Juan se volvió a quedar callado, ya habían hablado de eso muchas veces y ambos sabían que si Fernando le defendiera ante los directivos actuales de la empresa su situación sería muy diferente, pero eso precisaba que se mojara por él y claramente no estaba dispuesto a hacerlo.

—Bueno Juan, veo que no tienes ganas de hablar así que voy al grano, han estudiado tu situación en la empresa, tu nivel de productividad y todas esas cosas, teniendo en cuenta...

—Al grano Fernando —interrumpió Juan— tu lo has dicho.

—¡Que necesitamos este despacho para instalar a los nuevos becarios!. Hala, ya te lo he dicho.

Le dejaban sin despacho, ya no era suficiente con no mandarle trabajo sino que pasaban a exponerlo públicamente por toda la empresa, no sabía si eso podría soportarlo. Juan era consciente desde un principio de que su lucha era como la de David contra Goliat y que en este caso David no iba a ganar, esto era la vida real, trabajaba en una multinacional y había mucho dinero moviéndose de un lado a otro, si no estabas con ellos estabas fuera y en este mundo los que se quedaban solos perdían.

No dijo nada, se levantó, cogió su cartera y sin mirar a Fernando salió del despacho.

—Pues aquí lo tienes, no tengo nada que recoger.

Capítulo 3

Salió de la oficina y sin fijarse en la hora que era se fue directo a casa, estaba harto, tenía que reconocer que estaban pudiendo con él, después de tanta dedicación no se merecía un final así. Una vez en casa ni se cambió, simplemente se sentó en el sofá y pasó un buen tiempo sin hacer nada, tenía que buscar una salida, algo que le mantuviera ocupado y le permitiera tener nuevos objetivos de manera que pudiera dejar el trabajo sin sentirse perdido. Tras un buen tiempo sin llegar a ninguna solución se acostó sin desvestirse y sin cenar. Tras muchas vueltas a la almohada le vino a la memoria el sueño que había tenido la noche anterior, ¿habría sido una señal?, no creía en esas cosas pero en la situación en la que estaba cualquier opción era buena, entonces lo decidió, recuperaría su viejo proyecto de escribir una novela, ese sería su nuevo objetivo.

Un poco más animado recordó cuando empezó su afición a la escritura, fue hace años en alguno de sus múltiples viajes de trabajo, entonces pasaba muchas horas solo en los hoteles, al principio salía y visitaba las ciudades donde pernoctaba pero con el tiempo empezó a repetir los destinos y dejaron de ser una novedad, además el turismo en solitario no le gustaba, empezó entonces a quedarse en el hotel y fue cuando por entretenerse empezó a escribir. En el ámbito laboral estaba constantemente redactando protocolos, proyectos, ofertas, manuales, lo que fuera, y un día que estaba tomando un café en Dublín con tan mal tiempo que no podía pasear por la calle le dio por escribir un relato, fue algo espontáneo, repentino, pero empezó y sorprendentemente lo terminó, nunca olvidaría ese momento, fueron unas pocas páginas en las que plasmó la rutina y soledad de un directivo como él, conocía bien el tema.

Desde ese día repitió varias veces la experiencia; cuando no estaba trabajando buscaba sitios tranquilos donde poder concentrarse y que nadie le interrumpiera. Escribió varios relatos que le gustaron pero jamás se atrevió a enseñárselos a nadie, solo lo hacía porque se encontraba bien escribiendo y además le despejaba la cabeza del estrés diario. Acumuló varias historias y entonces empezó a preguntarse si tendrían calidad o simplemente le gustaban a él, quería saber cómo era de buena su escritura, tenía miedo al fracaso en un tema tan personal. Empezó entonces a buscar sitios de internet donde podía mandar sus relatos y allí los leían y comentaban otros usuarios anónimos. Mandó los que pensaba que eran mejores y la verdad es que no obtuvo malos comentarios, la gente le animaba a seguir, le aconsejaban sobre técnicas de escritura que él desconocía por completo pero le bastaba con que le dijeran que la historia era buena y que se leía con fluidez, eso ya era suficiente. Con el tiempo incluso mandó un relato a un par de certámenes literarios, por supuesto no pasó ni a las fases finales y solo le daban las gracias por participar pero él se veía recompensado sólo porque se lo aceptaran y pudiera participar con otros escritores.

Según pasaba el tiempo se fue cansando de los relatos cortos y empezó a madurar la idea de escribir una novela, él era un gran lector y admiraba la capacidad de los escritores de crear historias que mantuvieran la atención durante toda su lectura. Aunque él escribía solo por satisfacción propia le atraía el reto de poder transmitir algo a quien lo leyera, significaría conseguir sacar algo de su interior, plasmarlo mediante palabras y de manera comprensible en un texto y además de darle una estructura tal que el resultado final formara esa historia completa.

Empezó con mucha ilusión. Tras mucho pensar ideó un argumento que contenía una trama de intriga y otra amorosa, fue avanzando en él pero entre el exceso de trabajo y la falta de planificación siempre se atascaba y no conseguía avanzar, de vez en cuando tenía una tarde o una noche en que le venía la inspiración y le daba un buen empujón, pero cuando lo

repasaba comprobaba que al estar escrito a ratos no conseguía darle continuidad y perdía el hilo general de la historia que tenía en la cabeza. En esos momentos abandonaba la idea de escribir una novela y volvía a los relatos cortos, se le daban mejor, los sacaba adelante porque le llevaban poco tiempo, tenía la facilidad de empezarlos y terminarlos en pocas sesiones de trabajo y además se animaba porque al seguir compartiéndolos en los foros de internet seguía recibiendo buenas opiniones de esos lectores anónimos a los que nunca conocería.

Con el tiempo llegó a acumular un buen número de relatos y a empezar tres o cuatro novelas diferentes las cuales seguían muriendo irremediablemente cuando requerían más tiempo y concentración. Por desgracia al mismo tiempo que empezó su declive profesional fue perdiendo esa inspiración interior que necesitaba para escribir, dejó de viajar, tuvo el accidente y posteriormente se reincorporó ignorado por la empresa; y aunque en esa situación tenía más tiempo para si mismo y lo podía haber aprovechado para escribir, su mal estado de ánimo le impedía hacerlo, no generaba historias, ni siquiera relatos cortos, no tenía ganas de esforzarse, se dio cuenta de lo importante que era estar bien anímicamente para ser creativo.

Esa noche en que rememoraba todo aquello decidió que ahora era otra vez el momento de escribir, iba a dejar el trabajo con la ilusión de dedicarse en cuerpo y alma a crear por fin su novela, lo iba a hacer por satisfacción propia, como lo hacía cuando empezó a escribir. No se engañaba y sabía que inconscientemente soñaría con la idea de que su novela llegara a ser leída y reconocida, pero eso no era malo, un poco de ambición le motivaría a no abandonar, solo bastaba con mantener los pies en el suelo y no frustrarse al final del proceso. Tener una novela propia ya era un éxito.

A la mañana siguiente y casi sin haber dormido se levantó bien temprano, cumplió con su rutina habitual, salió a coger el autobús con la gran diferencia de que ese día se sentía feliz, animado, con ganas de hacer lo que tenía decidido y que ahora estaba convencido de que lo tenía que haber hecho antes, ¿qué sentido había tenido para él haber aguantado tanto en la oficina?, ninguno, solo apagarse lentamente. Simplemente con la decisión de dejar el trabajo y recuperar su vieja ilusión ya tenía ganas de vivir, ique sensación tan diferente a la de los días anteriores!. Una vez en el autobús camino de la oficina debía ser el único que iba sonriendo, notaba como la gente le miraba, imaginaba que aunque nunca había hablado con nadie era gente acostumbrada a verle apagado, sombrío, mustio, y ese día percibirían la diferencia, incluso sonrió a alguno con el que involuntariamente cruzó la mirada, le daban ganas de decirles a todos que le imitaran, tenían que replantear sus vidas, seguro que lo necesitaban tanto como él.

Al llegar a la oficina el mismo saludo del conserje.

—Buenos días Don Juan

—Buenos días Anselmo, ¿todo bien por aquí?

El conserje como buen observador de la gente apreció en seguida el cambio y se lo notó en la respuesta.

—Bien, claro... todo bien... ¿Y usted, todo bien?

—Pues si, necesito vivir de una vez Anselmo, y usted debería hacer lo mismo, tendría que pensar en su situación, ¿cómo aguanta todos los días aquí con tanta hipocresía como hay en esta empresa?

—¿Perdone?, no le entiendo muy bien.

—No se preocupe hombre, ya le llegará su momento, a mi me ha costado pero por fin lo he visto, ¡hoy me voy Anselmo!, de hecho vengo a despedirme.

La cara del conserje era todo estupor, parecía que dudaba entre dar aviso a sus superiores, a seguridad o incluso a los servicios médicos, estaba tan atónito que pasaron varios trabajadores a su lado sin que los saludara, cosa que jamás ocurría. Juan no le dio tiempo a reaccionar, le dio una afectuosa palmada en el hombro y se dirigió al ascensor, antes de llegar se volvió y observó con gracia como el conserje había vuelto a sus saludos pero le seguía mirando a él.

Juan pasó por delante de su despacho, su antiguo despacho, allí vio que ya se habían encargado de aprovechar el espacio y habían puesto tres mesas de trabajo donde se hacinaban tres jóvenes que no levantaban la vista de sus pantallas de ordenador; no le dio nostalgia alguna, parecía mentira con el disgusto que llevaba en ese mismo pasillo apenas veinticuatro horas antes.

—¡Hola jóvenes! —Les saludó para sorpresa de los aludidos.

—Buenos días —contestaron casi al unísono los tres con el mismo gesto de sorpresa. Seguro que sabían quién era él y que habían ocupado su despacho, quizá esperaban un numerito de despecho.

—Espero que os guste este despacho, yo lo he disfrutado un buen tiempo y es de los mejores, hoy me voy, me voooooy, me voooooooy... —acabó canturreando la frase

Sin darles lugar a decir nada los dejó atrás y fue directo al despacho de Fernando. La gente por los pasillos le miraba, al principio con disimulo

pero cuando vieron donde se dirigía ya lo hacían con descaro, incluso los más atrevidos le siguieron pensando que iba a montar un follón a su jefe, él iba a lo suyo, le daba igual lo que pensarán de él o los comentarios que cuchichearan a su espalda. Llegó al despacho y entró sin llamar, la secretaria no se atrevió a pararle, seguramente alguien le había avisado de que se dirigía hacia allí. Una vez dentro comprobó cómo Fernando le estaba esperando con gesto tenso.

—Juan, no te esperaba hoy por aquí, como ayer te fuiste así.

—Buenos días Fernando, tranquilo que vengo a ponerte las cosas fáciles y como a ti te gusta voy a ir directo al grano. Mi tiempo aquí ya ha terminado, me has hecho comprenderlo, te doy las gracias por ello, solo espero que mi actitud no te haya complicado mucho la vida. Entiéndeme, tengo mis sentimientos al fin y al cabo.

Fernando viendo que no había agresividad empezó a relajar su cuerpo.

—Juan, yo...

—No te preocupes, vamos a hacer esto breve no sea que me arrepienta, aunque no creo, itengo ganas de vivir por primera vez en mucho tiempo!. Saca esos documentos que sé que tienes ya preparados para mi salida de la empresa y los firmamos ahora mismo, estoy seguro que por miedo a mi reacción ya habéis pensado bien en mis condiciones de salida para que las aceptara. Confío en ti.

El trámite fue breve, Fernando abrió el primer cajón de su escritorio y sacó los papeles que efectivamente ya tenía preparados, tras una rápida y protocolaria lectura Juan los firmó. En ese momento pudo apreciar como Fernando suspiró sin disimulo, le dio pena. Acabaron con un breve y sincero abrazo, palmadas incluidas en la espalda, y tras negarse Juan a despedirse de nadie más quedaron emplazados a juntar a los más allegados algún día para tomar una copa de despedida.

Juan deshizo el camino andado con la misma sonrisa con la que había entrado, aguantó las miradas inquisitivas de sus ya antiguos compañeros y salió de la oficina por última vez.

Ahora tenía que planificar bien su futuro inmediato.

Se incorporó bruscamente y abrió los ojos, estaba muy agitado, seguía sudando profusamente pero no estaba en el suelo, se encontraba sentado en su cama, en su dormitorio, todo estaba en calma, la habitación en penumbra; miró al suelo y no vio papeles a su alrededor, movía bien los

brazos y las piernas, no le dolía el pecho, había sido una pesadilla.

De ascendencia vasca, aunque nacido en Valladolid, Juan Gabikacogeaskoa era un hombre de mediana edad y lo que podía considerarse corriente: constitución delgada, pelo corto y cano, siempre afeitado, un estilo de vestir discreto e incluso austero y con modales excesivamente educados. Tenía un trabajo que en su día había sido muy especializado y que con el tiempo evolucionó a insustancial, sus relaciones sociales eran prácticamente inexistentes, estaba en una fase de la vida que consideraba neutra, se dejaba llevar sin ningún objetivo concreto.

La pesadilla que acababa de tener respondía a una antigua ilusión que de vez en cuando recuperaba: escribir una novela y triunfar con ella; lo que le extrañó fue el momento en que la había tenido porque hacía mucho tiempo que no se acordaba de ello. Una vez despierto y consciente de la realidad se fue tranquilizando, recuperó la respiración y se volvió a tumbar aun sabiendo que ya no se iba a dormir, miró el reloj, eran las cinco y media de la mañana, faltaba hora y media para levantarse, esperó pacientemente tumbado con la mente en blanco y la mirada fija en el techo.

Fiel a su cita de las siete sonó el despertador, Juan se levantó y siguió la misma rutina de siempre: primero pasaba a la ducha donde bajo el agua caliente desperezaba el cuerpo, luego se afeitaba, se perfumaba y salía del baño completamente vestido directo a la cocina. El café se lo dejaba preparado siempre la noche anterior, lo mezclaba a partes iguales con leche caliente, dos pastillas de edulcorante y lo combinaba con dos rebanadas de pan tostado que se dejaba también cortadas la noche anterior. Tomaba el desayuno con la televisión puesta para oír prácticamente las mismas noticias que ya había oído la noche anterior en la última edición del telediario. Una vez terminado el desayuno dejaba la cocina perfectamente recogida con especial esmero en las migas de la mesa, no aguantaba un mantel sucio, recogía su habitación, últimos retoques al pelo delante del espejo, cogía la cartera con el ordenador y salía a la calle. Todas las mañanas igual y ese día no fue una excepción.

Vivía en la calle Abtao de Madrid, en un barrio cercano al parque de El Retiro pero no tanto como para tener zonas verdes propias. Las calles eran estrechas, el tráfico exagerado, aparcar era misión imposible y los edificios altos impedían el paso directo del sol. A Juan nunca le había importado vivir allí, antes el trabajo le mantenía viajando casi la mitad del año y cuando estaba en Madrid vivía prácticamente en la oficina, sacaba el coche del garaje antes de la hora punta y volvía tarde cuando ya todo el mundo estaba en sus casas y no había atascos. Ahora era diferente, su trabajo había cambiado, ya no era tan imprescindible ni le encargaban tantos proyectos, viajaba cada vez menos y desde entonces las estancias prolongadas en su barrio le agobiaban más, necesitaba espacio, aire más

puro, silencio, ¿se estaría haciendo mayor?.

Desde hacía un tiempo había decidido ir a trabajar en autobús, así al menos ahorrraba en gasolina y paseaba un poco, tenía que andar calle arriba hasta la Glorieta de Mariano de Cavia, la de los patos como decían los vecinos debido a las figuras de la fuente decorativa, era un paseo de unos diez minutos que le acercaba un poco más a El Retiro; a él le gustaba pensar que según se acercaba el aire se iba haciendo más puro. Esperaba el autobús distraído mirando el vuelo de las cotorras que desde hacía tiempo habían invadido Madrid; le daba igual el tiempo de espera, si llegaba antes o después a la oficina solo era problema suyo y además nunca lo hacía más tarde de las nueve, el poco trabajo que le asignaban lo terminaba siempre antes del mediodía y aun así se quedaba dos o tres horas más sin hacer nada hasta que volvía su casa, no tenía nada mejor que hacer. Siempre era de los primeros en llegar y ese día no fue una excepción, llegó a las nueve menos cuarto, del mostrador del conserje emergió el mismo saludo de siempre:

—Buenos días señor Juan —nadie se atrevía a pronunciar su apellido y se quedó con ese ridículo señor Juan.

—Buenos días Anselmo, ¿qué tal vamos hoy?

—No nos quejamos, hemos tenido días peores.

—Seguro Anselmo, seguro, a ver como se nos da éste.

—Buenos días señor Gaztambide... —el conserje no se podía permitir más tiempo con cada uno que entraba si quería saludarlos a todos.

Juan lo dejó atrás en su camino al ascensor en el que subió hasta el segundo piso junto con otros trabajadores, por supuesto todos ellos en riguroso silencio con las miradas fijas en las pantallas de sus smartphones, por fin llegó al despacho donde últimamente se refugiaba para evitar mezclarse con las nuevas generaciones de ingenieros que le veían poco menos como un dinosaurio de la informática.

Una vez sentado reflexionó sobre su situación actual, le apenaba mucho el tipo de vida que le había quedado tras más de treinta años dedicado en cuerpo y alma a la empresa. Juan entró a trabajar allí nada más licenciarse en lo que entonces se llamaba licenciatura informática y actualmente se dividía un multitud de ingenierías informáticas cada vez más especializadas, entonces era joven y su ambición era total. Se había venido desde Valladolid a Madrid y gracias al piso de la calle Abtao que le dejó en herencia su abuelo se pudo pagar con holgura los estudios. Una vez dentro de la empresa ascendió rápidamente en el organigrama hasta llegar a puestos directivos, pasó muchos años dirigiendo proyectos importantes, cada vez con más gente a su cargo y con viajes más

prolongados y frecuentes, eso le gustaba, la tensión le mantenía vivo y no echaba de menos nada que no fuera la descarga constante de adrenalina, rápidamente todo eso se convirtió en su modo de vida. Los compañeros de la oficina le envidiaban y le admiraban a la vez, era un gurú y un reflejo para todos los nuevos que se incorporaban, de hecho era consciente de que competían para formar parte de su equipo de trabajo, les exigía mucho pero les aseguraba el éxito.

Esa dedicación total al trabajo se había llevado por delante su vida personal, la sacrificó pensando que no la necesitaba. Tuvo alguna relación superficial, era lo que entonces se llamaba un yuppie y atraía a chicas con ganas de pasárselo bien, de todas ellas dos o tres fueron a más y su romance se prolongó más tiempo, incluso alguna vez llegó a pensar que con alguna de ellas podría formar su propia familia, pero como con el resto de su vida el trabajo se las llevó por delante, no aguantaron sus prolongadas ausencias ni se creyeron las promesas de que era algo temporal y al final acabaron dejándole. El tiempo había seguido pasando y a pesar de seguir ganando bastante dinero perdió el atractivo de la juventud, las chicas que se le acercaban entonces buscaban su dinero o sus contactos laborales y no le atraían absolutamente nada; fue cuando decidió quedarse solo.

Todo empezó a cambiar hace dos años cuando tuvo el accidente de coche en uno de sus viajes; el coche alquilado no debía tener bien los frenos y se salió de la carretera; el golpe fue tremendo pero gracias a dios y a la calidad del coche solo se partió la pierna y brazo izquierdos, aunque pudo haber sido mucho peor, incluso mortal, estuvo hospitalizado un mes y luego le mandaron a casa a terminar la recuperación. Y eso fue lo malo: se vio solo en casa, las visitas que recibió eran obligadas y solo se presentaron los primeros días, luego nadie le fue a ver y con el tiempo solo llegaban las llamadas de su padre que por su avanzada edad no podía salir de Valladolid, fue consciente de que no tenía nada aparte de su trabajo, era como si estuviera vacío y eso le preocupó.

A partir de ese momento empezaron a cambiar sus prioridades, decidió que todavía era relativamente joven como para abandonarse y decidió intentar reconstruir su vida, por eso al reincorporarse al trabajo empezó a bajar el ritmo, lo cual, unido a la llegada de nuevos talentos que demostraban constantemente que podían hacer su trabajo con menos coste para la empresa, fue determinante para apartarle de la primera línea de fuego. Pero lo que al principio fue una liberación se acabó convirtiendo en su pesadilla, cada vez contaron menos con él hasta llegar a la situación en la que se encontraba en que ya no tenía ningún proyecto asignado ni participaba en ningún equipo, le tenían relegado sin salir de la oficina haciendo tareas administrativas. Estaba claro que la empresa buscaba que él se fuera y él esperaba un despido digno. Al menos le habían dejado un despacho donde refugiarse y no exponer públicamente

su situación, allí escondido podía estar tranquilo.

Estaba sumido en todos esos pensamientos cuando entró su jefe, Fernando, le conocía de sobra ya que le había formado él mismo, de hecho tiempo atrás había apostado muy fuerte por su carrera, demasiado fuerte pensaba ahora, actualmente esa relación laboral se había invertido y estaba él a las órdenes de Fernando el cual, como él mismo hace unos años, pensaba solo en el beneficio de la empresa, era el encargado de hacerle la vida imposible para que se fuera por voluntad propia.

—Juan, ¿cómo vamos?

—Bien, ya sabes, con poco que hacer —contestó con sorna.

—Bueno, bueno, no te quejes que tu ya has trabajado mucho, lo que te mereces es descansar un poco, ya sabes que cuando quieras estamos abiertos a negociar tu salida, ¡aprovecha y vive un poco hombre!

El caso es que se lo decía de corazón, realmente pensaba que con la edad de Juan y todo lo que tenía ganado era el momento de retirarse a vivir la vida, lo que no sabía Fernando era que Juan no sabía que hacer si se retiraba y eso le daba pánico.

Juan se quedó callado mirándole y esperando a descubrir el motivo de la visita de Fernando a su despacho. Ante ese silencio su jefe siguió hablando aunque se le notaba incómodo.

—Verás Juan, precisamente me mandan una vez más a preguntarte por el trabajo que desempeñas actualmente.

—Pues ya lo sabes, no se qué quieres saber nuevo.

—No te pongas así que ya sabes que soy un mandado, a mi tu situación me disgusta tanto como a ti.

Juan se volvió a quedar callado, ya habían hablado de eso muchas veces y ambos sabían que si Fernando le defendiera ante los directivos actuales de la empresa su situación sería muy diferente, pero eso precisaba que se mojara por él y claramente no estaba dispuesto a hacerlo.

—Bueno Juan, veo que no tienes ganas de hablar así que voy al grano, han estudiado tu situación en la empresa, tu nivel de productividad y todas esas cosas, teniendo en cuenta...

—Al grano Fernando —interrumpió Juan— tu lo has dicho.

—¡Que necesitamos este despacho para instalar a los nuevos becarios!.

Hala, ya te lo he dicho.

Le dejaban sin despacho, ya no era suficiente con no mandarle trabajo sino que pasaban a exponerlo públicamente por toda la empresa, no sabía si eso podría soportarlo. Juan era consciente desde un principio de que su lucha era como la de David contra Goliat y que en este caso David no iba a ganar, esto era la vida real, trabajaba en una multinacional y había mucho dinero moviéndose de un lado a otro, si no estabas con ellos estabas fuera y en este mundo los que se quedaban solos perdían.

No dijo nada, se levantó, cogió su cartera y sin mirar a Fernando salió del despacho.

—Pues aquí lo tienes, no tengo nada que recoger.

3

Salió de la oficina y sin fijarse en la hora que era se fue directo a casa, estaba harto, tenía que reconocer que estaban pudiendo con él, después de tanta dedicación no se merecía un final así. Una vez en casa ni se cambió, simplemente se sentó en el sofá y pasó un buen tiempo sin hacer nada, tenía que buscar una salida, algo que le mantuviera ocupado y le permitiera tener nuevos objetivos de manera que pudiera dejar el trabajo sin sentirse perdido. Tras un buen tiempo sin llegar a ninguna solución se acostó sin desvestirse y sin cenar. Tras muchas vueltas a la almohada le vino a la memoria el sueño que había tenido la noche anterior, ¿habría sido una señal?, no creía en esas cosas pero en la situación en la que estaba cualquier opción era buena, entonces lo decidió, recuperaría su viejo proyecto de escribir una novela, ese sería su nuevo objetivo.

Un poco más animado recordó cuando empezó su afición a la escritura, fue hace años en alguno de sus múltiples viajes de trabajo, entonces pasaba muchas horas solo en los hoteles, al principio salía y visitaba las ciudades donde pernoctaba pero con el tiempo empezó a repetir los destinos y dejaron de ser una novedad, además el turismo en solitario no le gustaba, empezó entonces a quedarse en el hotel y fue cuando por entretenerse empezó a escribir. En el ámbito laboral estaba constantemente redactando protocolos, proyectos, ofertas, manuales, lo

que fuera, y un día que estaba tomando un café en Dublín con tan mal tiempo que no podía pasear por la calle le dio por escribir un relato, fue algo espontáneo, repentino, pero empezó y sorprendentemente lo terminó, nunca olvidaría ese momento, fueron unas pocas páginas en las que plasmó la rutina y soledad de un directivo como él, conocía bien el tema.

Desde ese día repitió varias veces la experiencia; cuando no estaba trabajando buscaba sitios tranquilos donde poder concentrarse y que nadie le interrumpiera. Escribió varios relatos que le gustaron pero jamás se atrevió a enseñárselos a nadie, solo lo hacía porque se encontraba bien escribiendo y además le despejaba la cabeza del estrés diario. Acumuló varias historias y entonces empezó a preguntarse si tendrían calidad o simplemente le gustaban a él, quería saber cómo era de buena su escritura, tenía miedo al fracaso en un tema tan personal. Empezó entonces a buscar sitios de internet donde podía mandar sus relatos y allí los leían y comentaban otros usuarios anónimos. Mandó los que pensaba que eran mejores y la verdad es que no obtuvo malos comentarios, la gente le animaba a seguir, le aconsejaban sobre técnicas de escritura que él desconocía por completo pero le bastaba con que le dijeran que la historia era buena y que se leía con fluidez, eso ya era suficiente. Con el tiempo incluso mandó un relato a un par de certámenes literarios, por supuesto no pasó ni a las fases finales y solo le daban las gracias por participar pero él se veía recompensado sólo porque se lo aceptaran y pudiera participar con otros escritores.

Según pasaba el tiempo se fue cansando de los relatos cortos y empezó a madurar la idea de escribir una novela, él era un gran lector y admiraba la capacidad de los escritores de crear historias que mantuvieran la atención durante toda su lectura. Aunque él escribía solo por satisfacción propia le atraía el reto de poder transmitir algo a quien lo leyera, significaría conseguir sacar algo de su interior, plasmarlo mediante palabras y de manera comprensible en un texto y además de darle una estructura tal que el resultado final formara esa historia completa.

Empezó con mucha ilusión. Tras mucho pensar ideó un argumento que contenía una trama de intriga y otra amorosa, fue avanzando en él pero entre el exceso de trabajo y la falta de planificación siempre se atascaba y no conseguía avanzar, de vez en cuando tenía una tarde o una noche en que le venía la inspiración y le daba un buen empujón, pero cuando lo repasaba comprobaba que al estar escrito a ratos no conseguía darle continuidad y perdía el hilo general de la historia que tenía en la cabeza. En esos momentos abandonaba la idea de escribir una novela y volvía a los relatos cortos, se le daban mejor, los sacaba adelante porque le llevaban poco tiempo, tenía la facilidad de empezarlos y terminarlos en pocas sesiones de trabajo y además se animaba porque al seguir compartiéndolos en los foros de internet seguía recibiendo buenas

opiniones de esos lectores anónimos a los que nunca conocería.

Con el tiempo llegó a acumular un buen número de relatos y a empezar tres o cuatro novelas diferentes las cuales seguían muriendo irremediablemente cuando requerían más tiempo y concentración. Por desgracia al mismo tiempo que empezó su declive profesional fue perdiendo esa inspiración interior que necesitaba para escribir, dejó de viajar, tuvo el accidente y posteriormente se reincorporó ignorado por la empresa; y aunque en esa situación tenía más tiempo para si mismo y lo podía haber aprovechado para escribir, su mal estado de ánimo le impedía hacerlo, no generaba historias, ni siquiera relatos cortos, no tenía ganas de esforzarse, se dio cuenta de lo importante que era estar bien anímicamente para ser creativo.

Esa noche en que rememoraba todo aquello decidió que ahora era otra vez el momento de escribir, iba a dejar el trabajo con la ilusión de dedicarse en cuerpo y alma a crear por fin su novela, lo iba a hacer por satisfacción propia, como lo hacía cuando empezó a escribir. No se engañaba y sabía que inconscientemente soñaría con la idea de que su novela llegara a ser leída y reconocida, pero eso no era malo, un poco de ambición le motivaría a no abandonar, solo bastaba con mantener los pies en el suelo y no frustrarse al final del proceso. Tener una novela propia ya era un éxito.

A la mañana siguiente y casi sin haber dormido se levantó bien temprano, cumplió con su rutina habitual, salió a coger el autobús con la gran diferencia de que ese día se sentía feliz, animado, con ganas de hacer lo que tenía decidido y que ahora estaba convencido de que lo tenía que haber hecho antes, ¿qué sentido había tenido para él haber aguantado tanto en la oficina?, ninguno, solo apagarse lentamente. Simplemente con la decisión de dejar el trabajo y recuperar su vieja ilusión ya tenía ganas de vivir, ique sensación tan diferente a la de los días anteriores!. Una vez en el autobús camino de la oficina debía ser el único que iba sonriendo, notaba como la gente le miraba, imaginaba que aunque nunca había hablado con nadie era gente acostumbrada a verle apagado, sombrío, mustio, y ese día percibirían la diferencia, incluso sonrió a alguno con el que involuntariamente cruzó la mirada, le daban ganas de decirles a todos que le imitaran, tenían que replantear sus vidas, seguro que lo necesitaban tanto como él.

Al llegar a la oficina el mismo saludo del conserje.

—Buenos días Don Juan

—Buenos días Anselmo, ¿todo bien por aquí?

El conserje como buen observador de la gente apreció en seguida el

cambio y se lo notó en la respuesta.

—Bien, claro... todo bien... ¿Y usted, todo bien?

—Pues si, necesito vivir de una vez Anselmo, y usted debería hacer lo mismo, tendría que pensar en su situación, ¿cómo aguanta todos los días aquí con tanta hipocresía como hay en esta empresa?

—¿Perdone?, no le entiendo muy bien.

—No se preocupe hombre, ya le llegará su momento, a mi me ha costado pero por fin lo he visto, ¡hoy me voy Anselmo!, de hecho vengo a despedirme.

La cara del conserje era todo estupor, parecía que dudaba entre dar aviso a sus superiores, a seguridad o incluso a los servicios médicos, estaba tan atónito que pasaron varios trabajadores a su lado sin que los saludara, cosa que jamás ocurría. Juan no le dio tiempo a reaccionar, le dio una afectuosa palmada en el hombro y se dirigió al ascensor, antes de llegar se volvió y observó con gracia como el conserje había vuelto a sus saludos pero le seguía mirando a él.

Juan pasó por delante de su despacho, su antiguo despacho, allí vio que ya se habían encargado de aprovechar el espacio y habían puesto tres mesas de trabajo donde se hacinaban tres jóvenes que no levantaban la vista de sus pantallas de ordenador; no le dio nostalgia alguna, parecía mentira con el disgusto que llevaba en ese mismo pasillo apenas veinticuatro horas antes.

—¡Hola jóvenes! —Les saludó para sorpresa de los aludidos.

—Buenos días —contestaron casi al unísono los tres con el mismo gesto de sorpresa. Seguro que sabían quién era él y que habían ocupado su despacho, quizá esperaban un numerito de despecho.

—Espero que os guste este despacho, yo lo he disfrutado un buen tiempo y es de los mejores, hoy me voy, me voooooy, me voooooooy... —acabó canturreando la frase

Sin darles lugar a decir nada los dejó atrás y fue directo al despacho de Fernando. La gente por los pasillos le miraba, al principio con disimulo pero cuando vieron donde se dirigía ya lo hacían con descaro, incluso los más atrevidos le siguieron pensando que iba a montar un follón a su jefe, él iba a lo suyo, le daba igual lo que pensarán de él o los comentarios que cuchichearan a su espalda. Llegó al despacho y entró sin llamar, la secretaria no se atrevió a pararle, seguramente alguien le había avisado de que se dirigía hacia allí. Una vez dentro comprobó cómo Fernando le

estaba esperando con gesto tenso.

—Juan, no te esperaba hoy por aquí, como ayer te fuiste así.

—Buenos días Fernando, tranquilo que vengo a ponerte las cosas fáciles y como a ti te gusta voy a ir directo al grano. Mi tiempo aquí ya ha terminado, me has hecho comprenderlo, te doy las gracias por ello, solo espero que mi actitud no te haya complicado mucho la vida. Entiéndeme, tengo mis sentimientos al fin y al cabo.

Fernando viendo que no había agresividad empezó a relajar su cuerpo.

—Juan, yo...

—No te preocupes, vamos a hacer esto breve no sea que me arrepienta, aunque no creo, itengo ganas de vivir por primera vez en mucho tiempo!. Saca esos documentos que sé que tienes ya preparados para mi salida de la empresa y los firmamos ahora mismo, estoy seguro que por miedo a mi reacción ya habéis pensado bien en mis condiciones de salida para que las aceptara. Confío en ti.

El trámite fue breve, Fernando abrió el primer cajón de su escritorio y sacó los papeles que efectivamente ya tenía preparados, tras una rápida y protocolaria lectura Juan los firmó. En ese momento pudo apreciar como Fernando suspiró sin disimulo, le dio pena. Acabaron con un breve y sincero abrazo, palmadas incluidas en la espalda, y tras negarse Juan a despedirse de nadie más quedaron emplazados a juntar a los más allegados algún día para tomar una copa de despedida.

Juan deshizo el camino andado con la misma sonrisa con la que había entrado, aguantó las miradas inquisitivas de sus ya antiguos compañeros y salió de la oficina por última vez.

Ahora tenía que planificar bien su futuro inmediato.